



“LOS NIETOS NO NACIDOS”

ANTONIO LASTRA

La torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados

<https://orcid.org/0000-0002-4470-4494>

antoniolastra@latorredelvirrey.es

MARTIN HEIDEGGER-LUDWIG VON FICKER, *Correspondencia 1952-1967*, ed. de Matthias Flatscher, trad. de Roberto Vivero, Ápeiron Ediciones, Madrid, 2026, 163 pp. ISBN 979-13-992106-9-9.

El 4 de mayo de 1953, Martin Heidegger (nacido en 1889) le escribió a Ludwig von Ficker (nacido en 1880) la quinta de las treinta y seis cartas y tarjetas, por las veinticuatro que recibiría a cambio, que le enviaría entre noviembre de 1952, tras haberse conocido un mes antes en el sanatorio de Bühlerhöhe, donde el autor de *Ser y tiempo* había impartido una conferencia sobre Georg Trakl, y la Navidad de 1966. Ficker murió en marzo de 1967. Heidegger había visitado a Ficker poco antes de escribirle esa carta, el 23 de marzo, Domingo de Ramos de aquel año —escogiendo deliberadamente un día muy significativo para Ficker, que había regresado al catolicismo en el año no menos significativo de 1933—, y juntos habían acudido a honrar la tumba de Trakl en Mühlau, un suburbio de Innsbruck donde Ficker había dado sepultura definitiva al poeta en 1926 tras su muerte en Cracovia al inicio de la Primera Guerra Mundial. La experiencia suscitó en el pensador reflexiones que le transmitió a Ficker con su peculiar estilo gnómico:

Todo, su decir y su dolor, la confianza más oculta y silenciosa y la belleza de su naturaleza se transformaron para mí en una nueva presencia.

Desde esta visita, algo completamente distinto de lo histórico-biográficamente representable se ha acercado a mí y fluye hacia las conversaciones cada vez más contemplativas y silenciosas con el poeta [p. 49].

La tumba de Ficker estaría después junto a la de Trakl. Uno de los biógrafos de Heidegger observó que el cementerio de Mühlau guarda un extraordinario parecido con el de Meßkirch, donde Heidegger sería enterrado a finales de mayo de 1976.

Hay en toda la correspondencia, de manera perceptible, un aire de ancianidad y presentimiento de las últimas cosas, que atenúa hasta la misericordia la impresión persistente de Ficker de verse reconocido, en su insignificancia, por un gran pensador. Heidegger acompañó su carta, con una dedicatoria al “anticipador amigo del poeta”, de una separata —“este pequeño volumen azul”— de la conferencia sobre Trakl, que se

<https://doi.org/10.66015/ltv.2027>



había publicado en la revista mensual *Merkur* y que luego formaría parte del libro *Unterwegs zu Sprache* (De camino al habla), publicado en 1959. En las referencias finales del libro, sin embargo, no se indicaría que el texto, con el título ‘Die Sprache im Gedicht: Eine Erörterung von Georg Trakls Gedicht’ (El habla en el poema: una dilucidación [o “localización”, si queremos aproximarnos a la peculiar etimología heideggeriana] del poema de Georg Trakl), provenía de la conferencia mencionada, aunque Heidegger señalaba con detalle la procedencia —también una conferencia en Bühlerhöhe pronunciada en 1950 en memoria de Max Kommerell— a propósito del texto que le antecede y con el que empieza el libro, ‘Die Sprache’ (El habla), que ya versa en buena medida sobre un poema de Trakl, ‘Ein Winterabend’ (Una tarde de invierno). “El poema lo ha poetizado Georg Trakl”, escribía allí Heidegger; pero —seguía diciendo— que Trakl fuera el poeta no tenía importancia, ni en ese ni en ningún otro gran logro de un poema, pues ese “gran logro puede consistir incluso en la negación de la persona y el nombre del poeta”. (En la tumba de Trakl, diseñada a instancias de Ficker por el escultor Josef Humpalik —a quien se menciona en la correspondencia a propósito de un busto del poeta cuya fotografía le enviaría Ficker a Heidegger en 1952 [pp. 38-39]—, el nombre de Georg Trakl está grabado en la lápida, en la que no consta ninguna otra inscripción. Heidegger le había regalado a Ficker al conocerse en Bühlerhöhe una fotografía de la tumba tomada por un alumno suyo, estudiante de teología.) No hay constancia de que Heidegger le hiciera llegar a Ficker ese primer capítulo ni el libro completo —que no se menciona en la correspondencia—, aunque a finales de 1959 le enviaría una edición especial del último capítulo, ‘Der Weg zur Sprache’ (El camino al habla).¹

El encuentro con Ficker en Mühlau, añadía Heidegger en su carta, “me ha permitido revivir de una forma nueva y más profunda las décadas transcurridas desde 1911”. El editor y el pensador habían tenido ocasión de conversar a solas en aquel Domingo de Ramos y el registro de Ficker de esa conversación² apunta a lo que podríamos llamar una cuestión teológica pendiente, para la que la fecha de 1911, al menos en lo “histórico-biográficamente representable”, no es en modo alguno irrelevante en el caso de Heidegger, que en otros lugares (como en la correspondencia con Hannah Arendt) habla de 1912 para datar sus primeras lecturas de Trakl en *Der Brenner*, la revista que Ficker había fundado en 1910 y que en 1912, en efecto, publicaría a Trakl por primera vez. Cualquiera que fuera la impresión que Trakl le causara en la biblioteca de Friburgo en 1912, no parece que Heidegger volviera al poeta hasta la conferencia de 1950, casi cuatro décadas después.

Ficker no contestó a la carta de Heidegger. (En otra carta posterior, datada el 6 de julio de 1958, mencionará su visita en junio al pensador en Friburgo, así como una segunda visita de Heidegger a Mühlau de la que no hay otra evidencia que el testimonio de Ficker, que observaría que, en ambas ocasiones, Heidegger hubiera dispuesto que sus visitas coincidieran “casual y curiosamente con una importante festividad cristiana” [p. 57]). Se ha conservado, sin embargo, un borrador, tanto manuscrito

¹ He tenido a la vista la segunda edición de MARTIN HEIDEGGER, *Unterwegs zur Sprache*, Neske, Tübinga, 1960. La versión de Yves Zimmermann, *De camino al habla* (Ediciones del Serbal, Barcelona, 1987), no es suficientemente literal y, en el pasaje mencionado, da “la negación del hombre [por “nombre”, *Namen*] y de la persona del poeta” (p. 16); en la p. 70 se menciona a “los nacidos nietos” en lugar de “los nietos no nacidos”.

² Véanse las pp. 130-131 de la *Correspondencia* y, sobre todo, la p. 24, en la que el editor reproduce una carta de Ficker a Alfred Focke, sacerdote jesuita, que en 1955 publicó *Georg Trakl. Liebe und Tod*, un libro en el que Ficker vería una corrección a “la reticencia de [Heidegger] hacia lo cristiano, [que] en Trakl se encontraba, sin duda, como problemáticamente callado en la abismal forma de su aislamiento”. De hecho, seguía Ficker, “en este punto se ve que Heidegger se ha arredrado”.

como mecanografiado, fechado en junio de 1953, en el que Ficker confiesa el reconocimiento de su “asombro” y “liberación de prejuicios” —en 1967 dirá que se había curado de “toda miopía” (p. 92)—, probablemente en relación con los pasajes de la conferencia de Heidegger ante los cuales, “en un primer momento, quise retroceder” (p. 50). Ficker fue un raro escritor, entre la gracia y la falta de confianza (p. 38), en el sentido de ser el autor —al margen de una dramaturgia juvenil rápida e injustamente olvidada e iluminadores textos conmemorativos— de una dilatada correspondencia y de ser, sobre todo, el editor de una revista de vanguardia. En ambas ocupaciones tuvo ante sí, como decía en el borrador de la carta no enviada a Heidegger,

un espacio de piedad y posibilidades de entendimiento en el que todos los movimientos del pensar que quieren servir a la verdad, desde diferentes direcciones y superando las contradicciones, convergen al final para anularse mutuamente en una adhesión común a lo que los une, ya sea la palabra o el silencio de Dios lo que se les presente primero [p. 50].

Esta disposición de ánimo, sin la que la escritura epistolar y la ecdótica misma resultarían insinceras e infructuosas, se vuelve, con una serenidad tan mimética como ejemplar, casi la única con la que tratar con Heidegger, que en 1959 le haría llegar *Gelassenheit*, que en el caso de Ficker no podría traducirse por desasimiento: Ficker sabía muy bien lo que supone abandonarse a la Providencia.³ La participación de Heidegger en la ceremonia de entrega del doctorado *honoris causa* a Ficker por la Universidad Libre de Berlín, que tuvo lugar en Innsbruck en abril de 1960, fue seguramente la muestra pública más clara, y en cualquier caso la última, del afecto que Heidegger sintió por “ese amigo de Trakl” (p. 68) que, a lo largo de toda la correspondencia, se preguntaría por qué razón un pensador de fama internacional podía interesarse por un editor de provincias y casi olvidado entonces. Ficker conocía desde el principio las reservas de su círculo más íntimo por el interés que un editor probado en la adversidad y un hombre esencialmente decente —como Roberto Vivero lo ha descrito— podía tener por un pensador que, por decirlo de la manera más suave, había colaborado académicamente con el nacionalsocialismo. Ruth Horwitz, hija de Kurt Horwitz, que en 1948 había editado los poemas de Trakl incluyendo “testimonios y recuerdos” (una edición que Heidegger llenaría de esotéricos *marginalia* que Ian

³ Véase la nota del traductor, Roberto Vivero, en la p. 12 de la *Correspondencia* sobre el trabajo de Ficker como corresponsal y editor. A Vivero le debemos —siempre en Ápeiron Ediciones— la edición y traducción de la *Correspondencia* de Ficker con Ludwig Wittgenstein (2024, con un importantísimo epílogo suyo, ‘Ein anständiger Sophist’, que incluye ‘Rilke y el amigo desconocido’, el texto conmemorativo de Ficker sobre el autor del *Tractatus* publicado en el último número de *Der Brenner* en 1954 en el que compara la situación de Wittgenstein “con respecto a lo absoluto” con la de Heidegger, “quien evidentemente fue puesto a prueba de manera diferente en su persistente revisión del pensamiento existencial de todas las cosas más profundas que tiene ante sí y su propia exposición y abandono hasta la pregunta fundamental por el ser”, en lo que seguramente constituye la primera confrontación entre ambos pensadores) y la traducción del drama juvenil de Ficker *Hijos del pecado* (2025), así como de las *Cartas a Kurt Wolff* de Franz Kafka (2024). (Wolff fue el editor del único libro publicado por Trakl en vida, *Gedichte*, en 1913; con posterioridad publicaría otros dos.) En la colección Dokumenta de Ápeiron, Vivero ha editado y traducido *Nietzsche el filósofo y político* de Alfred Baeumler y la respuesta —inédita en el original alemán— de Carl Dallago, *En la lucha por Nietzsche* (ambos en 2025 y de los que ha dado cuenta Eric J. Martos: <https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/1894>). Dallago fue crucial en la fundación de *Der Brenner*, de la que se separaría cuando la revista fue inclinándose cada vez más hacia el catolicismo. Agradezco a Vivero que me haya dado a conocer a Ruth Horwitz y la nota de Ficker sobre Trakl en *Menscheitsdämmerung. Ein Dokument des Expressionismus* de Kurt Pinthus, así como la carta de Ficker a Johannes Österreicher sobre el judaísmo, publicada por primera vez en *Die Erfüllung* en 1937 y que Ficker le reenviaría a Heidegger en 1961. Vuelvo sobre toda esta constelación en el cuerpo de texto.

Alexander Moore ha sacado a la luz),⁴ le escribió una larga carta a Ficker para decirle que no podía “creer” a Heidegger en lo que decía sobre Trakl, no como intérprete (o “localizador” del poema) sino respecto a “la pureza de su sentir y de su voluntad”. Horwitz no podía “perdonar” ni “olvidar” las “tendencias nacionalsocialistas” de Heidegger. Horwitz añadía, en lo que constituye el rasgo más honesto de su carta, que no conocía a Heidegger

lo suficiente como para saber hasta qué punto ha recapacitado y quizá incluso se haya arrepentido. Tampoco tiene que pregonar a los cuatro vientos su cambio de opinión, pero ino debería hacer como si ya desde 1920 hubiese vivido, pensado y sentido según el espíritu de Trakl y *Der Brenner*! [p. 19].

Ficker sabía, por supuesto, que Horwitz tenía razón y que Heidegger era uno de los *lost leaders* que habían traicionado a la juventud en los años treinta. Pero su propósito era de más largo alcance y no se limitaba a las generaciones irremisiblemente perdidas: los lectores de la edición de 1953 de *Einführung in die Metaphysik* (el curso de introducción a la metafísica impartido en 1935) aún podrían darse cuenta de hasta qué punto Heidegger seguía interpretando “der inneren Wahrheit und Größe dieser Bewegung” como el “encuentro de la técnica planetaria y el hombre moderno” soslayando el nacionalsocialismo y la Shoah, lo que escandalizaría a un joven Jürgen Habermas. Con su modestia característica, Ficker podría buscar una confesión general del pensador en el sentido católico de la expresión. Es difícil, de no ser así, comprender por qué en 1961 le haría llegar a Heidegger, como algo que pudiera “aportarle a usted algo de alegría” (la cursiva es significativa: a Heidegger mismo sin posibilidad de negar la persona ni el nombre), el único de sus escritos que no había aparecido en *Der Brenner*, un escrito, por lo demás, “que hace mucho se perdió y está prácticamente olvidado” y que consistía nada menos que en “un comentario sobre la cuestión judía”. El texto, que se había publicado en 1937 en la revista católica *Die Erfüllung* con el título de ‘Das Neue Gebot’ (El Nuevo Mandamiento), adquiere hoy una actualidad asombrosa: Ficker se refiere al Anticristo y al “freno” (*Dämpfer*, probablemente en referencia al κατέχων/κατέχων paulino, que Lutero había traducido por *aufhält*) que la palabra del cristiano —y el cristiano en persona— puede oponer a las puertas del infierno. El pasaje clave, en la medida en que la carta al capellán Österreichischer se transformaba ahora en una carta a Heidegger, es aquel en el que Ficker —que no quiere quedar como las vírgenes necias que llevan sus lámparas, pero se olvidan del aceite— sabe que tiene que hacer un esfuerzo adicional y “prestar atención a la actitud espiritual del adversario”.

Hay un secreto manifiesto —escribía Ficker en 1937 y reescribe en 1961— que conocen todos los que aman, tanto los que aman felizmente como los que aman desgraciadamente: que, en la esencia del amor, ese ser vivo inmortal de la verdad, solo podemos participar como donantes, como quienes devuelven [*als Gebende, als Zurückgebende*] y no como quienes exigen.⁵

⁴ Véase *Dialogue on the Threshold. Heidegger and Trakl*, SUNY Press, Albany, 2022. Heidegger anotaría *Gelassenheit* en la página del poema ‘Grodek’. Moore observa que el término había sido acuñado por Meister Eckhart como sinónimo de *Abgeschiedenheit* (“retraimiento”, el término central de la interpretación heideggeriana de Trakl). “Las cartas —escribe Moore a propósito de la correspondencia— no son especialmente sustantivas” (p. 30).

⁵ Véase en Apéndice la traducción de la carta de Ficker, ‘El Nuevo Mandamiento’, a cargo de Roberto Vivero. Agradezco a Vivero y al Forschungsinstitut Brenner-Archiv, que ha dado su permiso, que esta carta vea la luz en español. Johannes Österreichischer, judío de nacimiento, se había convertido al catolicismo en 1927 y promovió la reconciliación entre judíos y cristianos en Austria durante el auge del nazismo. Su madre murió en Theresienstadt y su padre en Auschwitz. Tras la anexión de Austria en

Más allá de lo que los cristianos debían dar y devolver a los judíos, esa fue la actitud de Ficker con Heidegger y la actitud que a Ficker le habría gustado ver en el Heidegger que había leído a Trakl, porque esa había sido la actitud misma de Trakl que había conmovido a Ficker para siempre. Se trataba, por supuesto, de un empeño inútil, lo que no le restaba al fracaso de Ficker ni un ápice de nobleza. Al margen de que Heidegger hubiera estado redactando antes y después de su encuentro con Ficker los *Schwarze Hefte* (Cuadernos negros)⁶ hemos de volver a la fecha que Heidegger mismo señalaba en su carta: 1911. En ese año, Heidegger interrumpió sus estudios de teología en el seminario donde se preparaba para ser sacerdote y empezó a seguir el camino que le llevaría a convertirse en profesor de filosofía. En la católica Friburgo de la época, ser sacerdote y profesor de filosofía era prácticamente excluyente. Lo que William Altman ha llamado "el incidente de 1911", en referencia a una supuesta patología cardíaca que facilitaría la salida de Heidegger del seminario, pero no que se matriculara en ciencias y prosiguiera sus estudios, se convertiría en un hábito largamente autoimpuesto de simulación y seguramente mentira, más que de una apostasía.⁷ Ficker quería que Heidegger fuera verdaderamente un donante, como todo parecía confirmar que lo había sido con él —el editor de *Der Brenner* y amigo de Trakl—, sobre quien el gran pensador había depositado una atención casi increíble para quien no fuera, precisamente y por encima de todas las cosas, un creyente. Para que Heidegger fuera un donante tenía antes que devolver lo que él mismo había recibido. En la respuesta de Heidegger al envío de Ficker no hay, en apariencia, ninguna muestra de devolución: "Muchas gracias por su carta y por el envío que la acompaña. Sería estupendo si de sus ricos recuerdos pudiese plasmar por escrito para nosotros muchas cosas desconocidas". Podríamos preguntarnos hasta la náusea qué era aquí lo desconocido para Heidegger.

Poco antes de que Heidegger se negara a participar en un nuevo encuentro de celebración sobre Trakl en 1964, una negativa que Ficker asumiría como una despedida ("Existe un límite y dar contra él quizá forme parte de mi destino" [p. 85]), Ficker acusaría el recibo del prólogo de Heidegger al libro del sacerdote jesuita William J. Richardson sobre su obra. Más allá de la importancia de ese prólogo para entender la famosa *Kehre* heideggeriana, Ficker pudo fijarse en que Heidegger la interpretaba como una variación de la *retractatio* de san Agustín.⁸ En su última carta, de diciembre de 1965, y en el borrador de otra que no llegó a enviar en enero de 1967, poco antes de su muerte, Ficker insistiría en su asombro por que Heidegger le hubiera prestado atención. "Solo puedo atribuir a la intervención de un poder superior lo que como un destino ha sucedido entre nosotros" (p. 92). El editor anota escrupulosamente que "no se conserva ninguna carta de condolencia de Heidegger" a la muerte de Ficker (p. 156).

"Los nietos no nacidos" (*Die ungeborenen Enkel*) es el último verso de Trakl. Heidegger lo menciona en cuatro ocasiones en su "localización" del poema de Trakl, negando que "los nietos no nacidos" puedan equipararse a "la visión reconfortante de

1938 se exilió a los Estados Unidos y fue uno de los redactores de la declaración del Concilio Vaticano II *Nostra aetate*, que obligaba a la Iglesia a retractarse del antisemitismo.

⁶ Véase mi comentario a *Heidegger y la conspiración mundial de los judíos* de Peter Trawny en *Aprender leyendo*, Ápeiron Ediciones, Madrid, 2018, pp. 239-246.

⁷ Véase WILLIAM H. F. ALTMAN, *Martin Heidegger and the First World War. Being and Time as Funeral Oration*, Lexington Books, Lanham, 2012, cap. 3. Es necesario comparar lo que dice Altman sobre la conducta de Heidegger durante la Primera Guerra Mundial con lo que Heidegger dice sobre "los nietos no nacidos" de Trakl en su conferencia.

⁸ Véase mi '*Wald(was)en: Thoreau, Heidegger, Celan*', en *La necesidad logográfica*, Aduana Vieja, Valencia, 2014, pp. 73-93.

la redención cristiana” o interpretarse como los hijos no nacidos de los hijos caídos en la batalla de Grodek (o, en general, en la guerra, que, para Trakl y Heidegger, era la Primera Guerra Mundial). Heidegger “localiza” el poema en el “retraimiento” (*Abgeschiedenheit*), pero está más allá de nuestros poderes de comprensión entender lo que Heidegger quiso decir con ello. A diferencia, sin embargo, de lo que ocurre con su interpretación de otros poetas, como Rilke y especialmente Hölderlin (Gustav Landauer y Walter Benjamin, cuya interpretación era precursora de la suya, ya estaban muertos para entonces y Clara Rilke, a quien Heidegger rendiría pleitesía al visitarla, no podía ser un testigo de cargo),⁹ en la interpretación de Trakl —extrañamente descuidada en las interpretaciones del pensador hasta que Jacques Derrida empezara a interpretarla él mismo— Heidegger se encontró con alguien vivo que había sido el destinatario mismo del poema, y testigo del poeta, que no habría podido confundirse de haber sido Heidegger ajeno por completo a ese legado. En la correspondencia entre ambos, el lector —el nieto no nacido entonces y nacido muchas veces después— asiste a un intercambio espiritual cuyo sentido final evocó Ficker a propósito de Wittgenstein: Wittgenstein tuvo la sensación “de que había sido llamado y se había negado a seguir la llamada”. Igual que Heidegger.

⁹ Véanse GUSTAV LANDAUER, *Hölderlin en sus poemas*, ed. y trad. de A. Martínez Rodríguez, Letra Capital, Valencia, 2012, y HEINRICH WIEGAND PETZET, *Encuentro y diálogos con Heidegger 1919-1976*, trad. de L. Langbehn, Katz, Buenos Aires, 2007, pp. 148-157. (La observación sobre los cementerios de Mühlau y Meßkirch se encuentra en la p. 147.)

APÉNDICE

EL NUEVO MANDAMIENTO¹

Querido señor capellán:

Si contemplamos la época actual en el limitado espacio de vida que se nos ha dado en la Tierra y, más aún, lo hacemos con el interés que quiere ponerse al servicio de una reflexión integral, entonces no podemos obviar que, hoy en día, los judíos que han comprendido su situación, pero también los cristianos que aspiran a merecer ese nombre, se encuentran expuestos en el mundo en una situación inquietante. De hecho, portadores, de forma memorable, de este común estado de exposición en un mundo extrañamente excitado de fanáticos y creyentes delirantes, se encuentran ante el símbolo de la Cruz de Cristo, que separa los espíritus, en una base de fe trágicamente dividida. Pero esta base, su auténtico fundamento de vida y sufrimiento que no sin una causa profunda, no sin un motivo espiritual que actúa desde la lejanía hoy se estrema de manera tan preocupante, se sostiene por la misma fuerza divina de la Revelación y de la Tradición que a ambos, judíos y cristianos, en cuanto empiecen a notar que bajo sus pies se tambalea amenazadoramente la base de su seguridad en este reino espiritual volcánicamente agitado del Anticristo en ascenso, les ayudará a alcanzar el verdadero temor de Dios y, esperemos, también la auténtica unidad bajo el influjo de este temor de Dios. En la actualidad ya tenemos señales de esto, si bien todavía tenues, pues el avance de la noche, que nos exige velar, a muchos de nosotros, que estamos despiertos, pero sin haber dormido lo suficiente, nos parece que aún sigue transcurriendo como fuera de este tiempo terrenal y que no revela en absoluto la proximidad del día del que está escrito que llegará como un ladrón en la noche.² Por muy descabellada que esta previsión de largo alcance pueda parecernos en relación con la escalofriante miopía que entre los mismos cristianos todavía impera y que a cualquier confianza de este osado tipo parece tildar de fantasioso autoengaño, quien hoy verdaderamente sea un caminante entre dos mundos y, por lo tanto, no un sonámbulo, verá erigida de nuevo entre el tiempo y la eternidad la cruz de la Encarnación y a su portador, el humillado Hijo de Dios, exaltado en ella, hasta el último aliento, en su acto de amor y redención consumado en el sacrificio de sí mismo, pero también que es en ese sacrificio donde cobra vida plenamente. Y si, en el presentimiento de acontecimientos venideros y con el modelo inmortal del redimido y exaltado Hijo

¹ La carta de Ludwig von Ficker a Johannes Österreichischer se publicó en 1937 en la revista *Die Erfüllung* (n.º 3, pp. 115-123) y la presente traducción se ha realizado a partir de las páginas digitalizadas por la Österreichischen Nationalbibliothek: <https://anno.onb.ac.at/cgi-content/anno-plus?aid=erf&datum=1937&page=121&size=45&>. El texto volvió a aparecer en *Erinnerungspost. Ludwig von Ficker zum 13. April 1965 zugestellt*, Otto Müller Verlag, Salzburgo, 1965, pp. 19-30, y en *Denkzettel und Danksagungen*, ed. de Franz Seyr, Kösel-Verlag, Múnich, 1967, pp. 128-141. En estas publicaciones, los cambios en el texto de von Ficker no son sustanciales salvo en algo sí relevante: al final, falta la cita de Kierkegaard, que sí se encuentra en la edición de *Die Erfüllung*. Agradecemos al Forschungsinstitut Brenner-Archiv el permiso para la traducción y publicación de este documento y, muy especialmente, a Markus Ender por su inestimable ayuda. Todas las notas son del traductor.

² 1 Tesalonicenses 5: 2, 2 Pedro 3: 10 (Todas las citas bíblicas están tomadas de la *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brower/Alianza Editorial, Bilbao y Madrid, 1994.)

del Hombre ante los ojos, contempla el paisaje de cráteres de los sueños rotos de nuestra autoglorificación y escucha el extraño viento de trompetas que se alza sobre él, entonces, subyugado por el lenguaje de la realidad —una realidad en la que a través del éter y de manera audible los abismos se llaman unos a otros y la luz y las tinieblas, como en el campo de batalla de una decisión histórico-salvífica, libran la terrible lucha cuerpo a cuerpo por el alma del hombre—, detrás de todas las tribulaciones que hoy nos asaltan no solo percibirá la falta de aire del asesino desde el principio, sino también el soplo del Espíritu que, al final siempre más poderoso que Su enemigo, ya cumplió la profecía de Isaías con la luz de la promesa: “Convertiré todos mis montes en caminos, y mis calzadas serán levantadas”.³ Entonces, todos lo que primeramente buscan el Reino de Dios y su Justicia —y esos serán de nuevo cristianos y también (como siempre) judíos— quedarán cautivados por la percepción de que Dios Todopoderoso, que habló desde el Sinaí y por boca del Salvador nos ha dado el Nuevo Mandamiento, también a través de la obra del Adversario que, como sabemos, nos cribará como trigo,⁴ creará las condiciones que sacudirán al mundo y que, tras un tiempo de manifiesta apostasía de Dios pero también de reverencia y acatamiento de Su Palabra, que crece en secreto, nos permitirán el regreso a las fuentes de la salvación a través de todas las aflicciones.

Por el momento, sin embargo, ambos, judíos y cristianos, cada uno según la naturaleza y el alcance de su culpa, de su fracaso ante la Voz del Señor, se ven acuciados a adoptar una posición defensiva, lo que al menos a los cristianos los obligará a examinar con la máxima atención los medios para su autoafirmación en esta lucha por la decisión que solo puede ser una lucha de la conciencia, una lucha por la palma del sacrificio al servicio de la verdad. Solo cuando haya comprendido claramente el alcance de la exigencia que el Nuevo Mandamiento le impone y su disposición para el sacrificio; solo cuando él mismo, con la ayuda de Dios, haya ascendido de los abismos de impotencia y desesperación que entre la exigencia y el cumplimiento del mandamiento cristiano del amor pueden abrirse en el corazón de los hombres y, por lo tanto, sepa por propia experiencia los esfuerzos que nos puede costar superarnos a nosotros mismos; solo entonces, consciente de su propia miseria y lleno de benevolencia para con las debilidades del hermano, le será permitido pronunciar la consigna que para el alma humana, tanto la propia como la ajena, tanto la de los bautizados como la de los no bautizados, tanto la de los temerarios como la de los temerosos, en el momento de peligro mortal —¿y cuándo no nos encontramos hoy en tal peligro!?— pueda servir de aliento y signo de reconocimiento. Por lo tanto, solo en el caso de más extrema urgencia —pues la existencia del cristiano de hoy en día, que en la lucha por la roca de Pedro se lanza contra las puertas del infierno, ya es un freno, pero también una espina clavada en el costado de la arrogancia de ese desenmascarado y aparente mundo cristiano que a espaldas de la Iglesia pacta públicamente con el diablo—, y solo entonces, cuando en sí mismo haya rechazado decididamente todo rastro de naturaleza desafiante, podrá responder al ataque de una realidad cuyo orgullo y necedad consisten en que en el fondo no se toma demasiado en serio la verdad de una vez para siempre, el valor de su propio amor a la verdad. De lo contrario, errará el tiro contra el Enemigo, que como seductor no pocas veces surge del propio hundimiento, para dar en un vacío en el que, finalmente, abandonado incluso por su espíritu guardián, su ángel, en una trágica confianza

³ Isaías 49: 11.

⁴ Lucas 22: 31-32.

en la victoria permanece a solas con su Dios y su conciencia. Esta no puede ser la meta del ejercicio al que hoy nos sentimos llamados. Si, por lo tanto, queremos prevenir tal falta de valor y evitar que en esta noche de prueba los dones del Espíritu Santo, que en el momento decisivo exigen la presencia de espíritu del Señor en nosotros, se conviertan por nuestra culpa en los de las vírgenes necias que tenían lámparas pero no aceite,⁵ entonces debemos dar buen ejemplo y hacer todo lo posible, entonces debemos tener en cuenta la actitud y la mentalidad del Adversario, que siempre resulta esclarecedora y, allí donde lucha a cara descubierta, no puede ser despreciada, y nosotros mismos armarnos con el espíritu del amor del que él carece. Pues hay un secreto manifiesto que conocen todos los que aman, tanto los que aman felizmente como los que aman desgraciadamente: que, en la esencia del amor, ese ser vivo inmortal de la verdad, solo podemos participar como donantes, como quienes devuelven y no como quienes exigen. Pero pertenece al heroico crecimiento del amor, a su triunfo en el espíritu del amor cristiano, que en el acto del sacrificio, en el consumado amor al prójimo, abarque en sí mismo el amor al enemigo. Esto nos lo reveló el divino portador del poder del amor, el Salvador en la Cruz. “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”.⁶ Este es el sentido último del Nuevo Mandamiento que al levantar la vista hacia el Hijo del Hombre crucificado ha de quedar grabado en nuestra memoria. Especialmente en tiempos tan convulsos como estos, cuando el cuerpo en descomposición de la cristiandad se parece al muerto Lázaro antes de su resurrección, y esto vale especialmente para nosotros, aquí en Austria, esto está claro. De lo contrario, nunca llegaremos a ser dignos del luminoso ejemplo de sacrificio que con el coraje de su misión política el canciller Dollfuß nos ha dejado —en nuestra memoria y en la de todo Occidente—, pues en nombre de Cristo lo ha dado “por una muerte semejante a la suya”.⁷ Esto no debe olvidarse.

Por lo demás, huelga decir que la luz no ha venido al mundo para iluminar preeminentemente los esfuerzos de aquellos que ya sea por consideraciones mundanas, por pretender ser más listos que nadie o por insensatez creen, ilusoriamente, oscurecerla temporalmente. Pero con el tiempo —y el tiempo tiene hoy en día una apariencia muy fugaz— la luz también iluminará a estas ovejas descarriadas en su camino de regreso de la misma manera que nos ha iluminado a nosotros, quienes —hablo ahora por mí mismo— durante tanto tiempo vagamos, mudos, en la oscuridad. Miremos hoy hacia donde miremos, tanto en lo próximo como en lo lejano, a través de todo el horror de este mundo, que realmente es un amanecer,⁸ a pesar de todas las apariencias en contra vislumbramos con asombro que la luz se abre paso y con mayor fuerza cuanto más oscuro es el mundo, que aún no quiere captarla, se le opone, pues que esta luz no es de este mundo todos llegaremos a verla. Si no en esta vida, entonces —quién sabe, quizá de la noche a la mañana— en aquella otra de la cual nuestros días en la Tierra, que cada vez son más claros, en lo bueno y en lo malo, y de manera cada vez más manifiesta, reciben su última luz y su sentido último. Entonces veremos con espanto, y si hemos librado la buena batalla, con alegría y espanto, que la realidad de Cristo —la luz eterna hacia la que nos dirigimos— consiste en su poder y su gloria y que las palabras que el Salvador a sus discípulos

⁵ Mateo 25: 1-13.

⁶ Lucas 23: 33.

⁷ Romanos 6: 5.

⁸ “durch alles Grauen dieser Welt hindurch, das ja ein Morgengrauen ist”: Ficker juega con la palabra *Grauen*, que puede significar tanto “horror” como “amanecer” (*Morgengrauen*).

durante la última cena —“Os dejo la paz, mi paz os doy”⁹— no se aplican también al traidor que se sentaba entre nosotros, pues este terminó suicidándose.

Pero también bajo esta luz de la realidad de Cristo nos parece que toda solución a la cuestión judía que arbitrariamente se excluya del reino de la gracia y la iluminación desde arriba es una solución provisional cuyo carácter cuestionable aumenta con la desmesura y la impiedad de su reivindicación de justicia, pues únicamente más allá del Muro de las Lamentaciones que se alza no solo entre la esperanza de salvación de los judíos y su obstinada y petrificada pregunta a Dios el Justo, sino también entre ellos y la burla de los “cristianos” que aún no han comprendido la desesperada naturaleza de esta cuestión y su terrorífico alcance, comienza el reino de la redención para ambos y la luz del conocimiento que a todos une. Pero mientras impere entre nosotros esta penumbra en la que ya no, o aún no, unos se reconozcan a otros y ambos al Uno, al Unificador en el poder de la gracia de la Trinidad, tanto el guía espiritual que aquí se posiciona afronta la seriedad de su tarea —sí, él, como ningún otro junto con el estadista cristiano que ha de llevar a cabo su arriesgada misión a través de un terreno traicionero— como el honor de la Iglesia de Cristo se encuentran en una difícil situación, pues terrible es saber por encima de uno mismo el inescrutable designio de Dios como firmamento de la sabiduría y de la justicia cuando una y otra vez uno se topa con la miseria espiritual tanto propia como del hermano que en nosotros ve a su enemigo, y supone una prueba sin parangón tener que seguir los caminos trillados de un odio que, como Ahasver, el judío errante, huye constantemente de sí mismo hacia el autoengaño y que hoy arde en los muchos que, aunque solo de nombre todavía, se profesan cristianos pero que hace mucho que de su corazón han hecho una cueva de bandidos,¹⁰ está grabado en su frente, de manera más ardiente aún que en los judíos, como su marca de la cruz y de Caín. Esto debe y puede decirlo aquí quien está convencido de que la manera en la que *Die Erfüllung* ve la cuestión judía y la coloca bajo la luz de una reflexión última es la correcta, esto es, la cristiana. Pero dado que nuestra propia razón suele estar todavía nublada y nuestro entendimiento es tan impotente que frente el horror de toda la ofuscación en la que el corazón de los hombres a veces puede caer, la luz del amor y del asombro solo con dificultad puede surgir entre tanto extravío de nuestra buena voluntad y tantas excusas de nuestra mala conciencia, nos queda a los demás, a los fieles laicos, a quienes cada mirada hacia el exterior y hacia el interior no hace sino recordarnos la necesidad de santificarnos, con frecuencia, por desgracia, no nos queda más remedio que dejarnos llevar a la deriva y convertir en virtud nuestra necesidad, que tanto se asemeja a nuestro pecado original. Una virtud, sin duda, con frecuencia bastante problemática, pues aquí, en este endiablado aprieto, en este desfiladero infernal entre el ayer y el mañana, nos encontramos con el malvado enemigo por senderos que discurren cerca de precipicios, y quien en ese momento aprecie su vida, que tenga cuidado de no caer. De lo contrario, triunfa el otro.

También esto vale para todos nosotros.

Pero si nuestros esfuerzos se dirigen hacia donde deben dirigirse en el estado de extrema necesidad de nuestra conciencia en el corazón de Europa, esto es, reconquistar para la imagen del hombre en nosotros su ser a imagen y semejanza de Dios, entonces no podemos pasar por alto que el cristiano, a quien hoy la Providencia señala nuevos caminos para la reflexión, se encuentra con el

⁹ Juan 15: 27.

¹⁰ Mateo 21: 13.

judío, quien, por la misma Providencia —esperemos que para su salvación—, se ve perdido en espíritu, Dios sabe hacia dónde, como hermano en humanidad, temporalmente en este extraño exilio de las patrias que ya no parecen saber, o solo parecen saber como en un sueño, dónde —en qué patria común del consumado y, por lo tanto, ejemplar amor abnegado— tienen su hogar en el espíritu y la garantía de su salvación. Es este un proceso que de manera tan pronunciada aún no se ha producido en el espacio de destino de la misión espiritual occidental, pero aunque fuese una tragedia momentánea cuyo alcance aún no se puede prever —pues de nuevo creemos sentir la presencia del ángel sobre Israel y sobre el mundo convulso, aquel que en su día despertó al durmiente Elías en el desierto: “Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti”¹¹—, la aparición que se nos acerca tanto y desde la distancia nos recuerda al resucitado, al hermano extranjero de camino a Occidente, ofrece la posibilidad de una percepción de la salvación en la que las puertas del gran refugio solo entonces se abrirán por completo pero se cerrarán los accesos a nuevas escapatorias, pues todo esto acontece en segundo plano, pero visiblemente muy por encima de la cambiante magia de la puesta en escena del gran teatro del mundo en el que los prominentes directores de los actuales acontecimientos, estos artistas de los focos llamados a servir a la iluminación de la secreta Revelación, precisamente ahora parecen estar haciendo los últimos preparativos para poner en escena, sobre las cabezas de un mundo cristiano y judío dividido y estupefacto, la continuación, manifiestamente esperada con ansiedad, de *Los últimos días de la humanidad*, y, de hecho, al estilo de aquella fabulosa revista del fin del mundo que en la concepción de la gran visión de la época del recientemente fallecido Karl Kraus ya contenía una leve idea de su apocalíptico impacto. Pero incluso si estamos de acuerdo en que en vista del macabro estado mental en el que este mundo de la apostasía vive y muere ante nuestros ojos apenas queda algo que en este momento pueda alegrar a un esperanzado corazón cristiano, e incluso si el aislamiento de las almas humanas bajo el cielo de preocupaciones y pruebas que se cierne sobre ellas parece poco a poco cada vez más gigantesco, por amor a Cristo, que es un amor por todas las criaturas que sufren, debo decir, con todo, querido señor capellán, que, por muy extraño que esto pueda parecer, con el tiempo, es más, en los últimos años he adquirido una ilimitada confianza en los designios de la Providencia, y una inquebrantable convicción, basada en una experiencia que me conmueve constantemente, me dice que en toda tribulación, afecte a un individuo o a esa multitud de individuos de cuya fuerza espiritual, coraje y sentido de la responsabilidad en última instancia depende también, probablemente, la reflexión de un pueblo, hay sembrada una semilla de bendición que germinará en ellos y dará frutos a la humanidad que supere la prueba. Por supuesto, solo aquellos cuya característica distintiva sea que asumen con confianza la carga de Dios, sentida en el sufrimiento tanto ajeno como propio, como si fuese suya y en la medida en la que esta carga, que necesariamente crece con el tiempo, cuanto más voluntaria y firmemente la lleven, parezca que cada vez se vuelve más ligera sobre sus hombros, superando, así, toda debilidad y toda arrogancia. Entonces, ¿qué tememos? ¿La Palabra de Dios ya no está con nosotros, con su pequeño rebaño, como testamento siempre nuevo y legado eternamente válido? ¿¡O en estos tiempos de decadencia desafortunadamente atronadores, pues todos los espejos de la verdad deben servir a las fantasmagorías del infierno, tanto se han debilitado ya nuestros ojos y nuestros oídos, escuchando pacientemente ante los

¹¹ 1 Reyes 19: 7.

altavoces de la mentira, han quedado sordos para la voz de la verdad y la exhortación de la divina omnipotencia, que precede eternamente al paso al Gólgota, la muerte en la cruz y la resurrección del Señor: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”¹²! ¿Cómo me gustaría en este momento, en el que no querría ver el claro horizonte de su conciencia enturbiado por la pusilanimidad ni por la impaciencia, compartir mi confianza plena, que no me ha costado precisamente poco —pues creo conocer la estrella llamada Ajenjo¹³ y haber sentido su amargura en la fuente de nuestra alegría, en el corazón creador del Redentor—, también con aquellos hombres de poca fe que se encuentran entre nosotros y que en ella han de ver solo algo vergonzoso y nada más que una ingenuidad ajena a la realidad! Pues aunque muchos conocen a través de las imágenes catastróficas del Apocalipsis las enormes consecuencias de la caída del hombre y las convulsiones cósmicas que esta acarrea, solo unos pocos llevan ya, sumergidos en sí mismos, los últimos fundamentos y los abismos del previsto proceso de purificación que por el laberíntico camino de sus aflicciones y bajo la nube del inminente y amenazador juicio todavía ha de atravesar, llena de temor, el alma humana como una zona mortal para sus esperanzas de salvación, para que, más allá del oscuro final de esta era, la recién nacida creación, que está abierta a toda elevación del corazón hacia Dios Creador como su cielo en la tierra que le pertenece desde el principio y que finalmente ha recuperado, en el firmamento del regreso de la luz, cuando el “primogénito de entre los muertos”¹⁴ se manifestará en su Majestad y Gloria, revelará aquel rostro transfigurado que el santo vidente de Patmos, en el radiante y abierto ámbito de percepción de su sellada recepción de la Palabra, experimentó y profetizó como un nuevo cielo y una nueva tierra. Pero cuando uno está acorralado hasta el punto de que toda su existencia se encuentra entre la espada y la pared, como hoy en día es mi caso y el de otros muchos otros, a quienes, sin embargo, no les falta el aliento de la vida, el aliento del amor —y esto por la única razón de que Dios se ha apiadado milagrosamente de ellos—, entonces uno desarrolla la capacidad de discernir hacia dónde ha de dirigir su gratitud, sus palabras y su silencio. Y alberga en ambos, en el hablar y en el silencio, el consuelo de la inolvidable experiencia de que la impotencia de uno siempre nos hace conscientes de la fortaleza del otro y la fortaleza de Aquel que con el sello de Su misericordioso amor paternal, el sacramento del sacrificio de Su Palabra en la ofrenda sacrificial del Hijo, está por encima de todo lo decible e indecible de este mundo, siempre regresa en ayuda del fracaso humano. Entonces, los pobres de espíritu, a los que el Salvador ha bendecido, aprenderán a valorar y amar la palabra de los que han alcanzado la madurez, aquellos que, con la luz de su visión más profunda y la azada de su entendimiento más preclaro, respaldan su buena voluntad porque ellos, también ellos, amaron y aman la verdad. Solo entonces se comprende lo que significa amar la verdad y lo siente en carne propia, en el propio rostro, como el rocío en las mejillas a primera hora de la mañana, de la misma manera como, por ejemplo, ocurría a veces en el campo de batalla, cuando, por la noche, un guerrero que, por así decirlo, se había vuelto inútil ante Dios nuestro Señor, exhausto y sin sueños dormía a la intemperie, o a primera hora de la mañana, sin haber despertado aún del todo, montaba guardia. Y puesto que yo debo defender la verdad en un puesto avanzado, en un puesto en el que uno se aleja fácilmente de sí mismo (por lo que

¹² Mateo 24: 35, Marcos 13: 31, Lucas 21: 33.

¹³ Apocalipsis 8: 10-11.

¹⁴ Apocalipsis 1: 5.

requiere una redoblada vigilancia y extrema cautela), preferiría, si Dios quiere, que, por esto, toda mi gratitud ingrese en silencio en la cámara de resonancia del próximo número de *Der Brenner* con la esperanza de que este —solo un pálido reflejo y un presagio de la luz— ayude a disipar la oscuridad y dar paso al día que tanto anhelamos: el domingo y el día festivo, el día del Señor que por fin alborea, tan cercano como lejano, como todo lo eterno en este enigmático reino del tiempo, que con su resplandor matutino nos abre completamente los ojos, que despliega sobre nosotros el cielo con un azul más intenso y nos sitúa en la libertad de los hijos de Dios; el día del rostro descubierto de la nueva tierra y de la futura paz de Dios, cuando lo anterior haya pasado, todas las lágrimas serán enjugadas y “la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, [que] bajará del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo”;¹⁵ el resplandeciente día del renacimiento en el Señor, en el que —de pie, en espíritu y en verdad, sobre el suelo de la realidad— finalmente nos reconozcamos como hermanos de Cristo.

Le saluda,
con profundo respeto,

Ludwig Ficker

Que cada uno se pruebe a sí mismo, que sea fiel a sí mismo en relación con lo que ha experimentado; pero que nadie olvide que la beatitud del espíritu y el sufrimiento del espíritu no son algo exterior acerca de lo cual uno podría decir honestamente y en verdad: las circunstancias de mi vida no me brindaron la ocasión de experimentarlo. En el mundo del espíritu no hay burlas ni fantasmas, allí la fortuna y la casualidad no hacen al uno rey y al otro mendigo, al uno bello como la reina del oriente y al otro más miserable que Lázaro; del mundo del espíritu sólo está excluido aquel que se excluye a sí mismo; al mundo del espíritu todos están invitados, y por eso el discurso acerca de él es confiado e intrépido, pues si concierne a uno solo, les concierne a todos. ¿Para qué, entonces, la curiosidad de querer descifrar aquello que, Dios mediante, a todos los hombres les ha sido dada la oportunidad de experimentar, aquello que ha sido puesto tan cerca de él, que seguramente puede decirse: tiene que haberlo comprendido?¹⁶

Sören Kierkegaard

Edición y traducción de Roberto Vivero

¹⁵ Apocalipsis 21: 2. Se cambia aquí el tiempo verbal, tal y como hace Ficker para construir su frase.

¹⁶ SØREN KIERKEGAARD, ‘El aguijón en la carne’, en *Discursos edificantes. Tres discursos para ocasiones supuestas. Escritos 5*, ed. y trad. de D. González, Trotta, Madrid, 2010, p. 326. Ficker cita a partir de SØREN KIERKEGAARD, *Der Pfahl im Fleisch*, trad. de Theodor Haecker, primera edición en Brenner-Verlag, Innsbruck, 1914, p. 33.